



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE222199

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Después de Francisco

Donde las mujeres mandan, las cosas van mejor, decía el papa **Francisco**. Y como si lo impulsara una suerte de urgencia, había nombrado hacía poco a un par de ellas para puestos que antes se consideraban inalcanzables. Pero hay dos preguntas que vuelven con fuerza hoy, precisamente a la luz de estos recientes nombramientos históricos: ¿una mujer prefecta en la Curia y una mujer gobernadora del Vaticano suponen una revolución? Dos altos cargos, dos rostros femeninos en puestos hasta ahora reservados a los hombres, en un contexto donde el poder –espiritual y temporal– desde hace siglos habla en clave masculina, ¿pueden cambiar por completo el reparto de la autoridad y de la responsabilidad en la Iglesia? No. Para hablar de revolución, la presencia de las mujeres debe volverse sistémica, estructurada y estable. Ya no deberíamos utilizar el término “mujer” para expresar una excepción, como algo nunca antes visto, como un destello de genialidad de alguien que toma una decisión.

Ambos nombramientos han roto un techo de cristal que parecía inquebrantable. Representan un precedente, abren un camino y permiten hablar de un umbral que ha sido cruzado. Demuestran además la voluntad reformista de Francisco que, a ritmo lento pero constante, ha iniciado un camino. El mapa que publicamos hoy de los roles de las mujeres en la Curia Romana y en el gobierno del Vaticano pone de manifiesto un cambio concreto, todavía no estructural pero sí tangible. Las mujeres están presentes, más que nunca, en puestos clave como dicasterios, consejos, comisiones... Algunas dirigen, muchas colaboran, todas participan. Aunque su representación sigue siendo parcial y no pocas veces simbólica, todavía ligada a la visión y a una cierta obstinación del papa Francisco. Pero ya no se puede volver atrás. La decisión de la Asamblea Sinodal de las Iglesias en Italia de posponer la aprobación de un documento considerado decepcionante, con el fin de reescribirlo, es una prueba de la necesidad de una transformación que responda a criterios de justicia social y a la creencia de que la Iglesia puede ser más fiel a su misión cuando valora plenamente los carismas y las habilidades de todos sus miembros, independientemente del género. No, el doble gesto de Francisco no es todavía una revolución, pero sin duda es el comienzo de algo que podría llegar a convertirse en una. Porque hay algo paradójico. Mientras la sociedad contemporánea en distintos contextos políticos y sociales parece estar retrocediendo hacia modelos excluyentes y autoritarios de poder, la Iglesia se está “desmasculinizando” y el camino recorrido por el Papa Francisco, indica una dirección alternativa: la aportación femenina no amenaza, no resta. Esta es un recurso precioso, repetía el Papa.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Un hombre venido del Concilio

El pontificado de Bergoglio está ligado al Vaticano II

MARINELLA PERRONI



Un concilio y un pontificado son dos realidades complejas, inciden en la actualidad, pero también dan fruto en la historia. Como todos los demás pontificados, también el de **Francisco** será juzgado por la historia y, como todos los demás concilios, también el Vaticano II está pasando la prueba del juicio histórico. Más que el de los historiadores, sería mejor decir el juicio de la Iglesia que vive en la historia. Y sabemos bien lo difícil que ha sido en estos primeros sesenta años acoger un Concilio convocado con la intención precisa de renovar la Iglesia católica y en un momento en que la Iglesia católica se había hecho verdaderamente universal porque estaba representada en el Concilio

por los obispos de todos los continentes que traían consigo la fuerza de Iglesias particulares que anunciaban y vivían la fe en contextos ya muy diferentes entre sí. No habría sido posible ver sucederse después del Concilio, a un Papa polaco, a uno alemán y a uno argentino, si la realidad no hubiera sido ya la de una Iglesia para la cual la calificación de católica coincidía con el abandono del eurocentrismo y la diáspora hacia los confines de la tierra.

Una cosa es cierta y es que, desde los primeros días de su elección, Francisco dejó claro que el Concilio Vaticano II no fue en vano. Hay que decirlo sin énfasis, por supuesto, pero no sin convicción. Basta pensar en la homilía que él mismo pronunció en una celebración el 11 de

octubre de 2022, con ocasión del sexagésimo aniversario de la solemne apertura de aquella asamblea que ha pasado a la historia como tiempo de “primavera para la Iglesia”, una celebración que el Papa había querido, intuyendo también el significado que el recuerdo mismo del Concilio podía y debía tener a lo largo de todo el año jubilar. “Volvamos a las fuentes puras del amor del Concilio. Redescubramos la pasión del Concilio y renovemos la pasión por el Concilio”. Sesenta años después, Francisco intentó retomar el hilo que había desencadenado ese clima dibujado su horizonte y establecido sus fines.

Gaudet Mater Ecclesia (La Iglesia Madre se alegra): estas fueron las primeras pa-



labras del discurso con el que **Juan XXIII** inauguró el Concilio. Y Francisco reiteró: “Que la Iglesia se llene de alegría. Si no se alegra, se niega a sí misma, porque olvida el amor que la creó”. Y sabemos bien que, especialmente en la primera parte de su Magisterio, Francisco no tuvo miedo de insistir precisamente en las actitudes de alegría y alabanza que revelan la disposición confiada con la que la Iglesia mira a Dios y camina a través de la historia. Basta pensar en los títulos de sus primeros cuatro documentos que se refieren a la alegría del Evangelio (*Evangelii gaudium*); a la alabanza de Dios ante el don de la creación (*Laudato si'*); a la alegría de un amor capaz de encarnarse en el clarooscuro

de la vida cotidiana (*Amoris laetitia*); a la misericordia (*Misericordia et misera*), palabra fuerte en el léxico evangélico que Francisco puso en el corazón de su pontificado cuando eligió como lema la frase con la que el **Venerable Beda** comenta en una homilía la vocación de **Leví** el publicano: *Miserando atque eligendo* (Mt 9,9: “lo miró con amor y lo eligió”).

¿Reconocer la presencia de Dios en la historia y agradecerla porque es una presencia benévola y llena de gracia no nos remite quizás a la constitución *Gaudium et Spes* sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo con la que el Concilio convirtió al mundo en una asamblea casi totalmente clerical e inició así ese proceso

de desclericalización que Francisco entendió como la única posibilidad de sacar a la Iglesia católica del abismo en el que corre el riesgo de quedar atrapada a principios del tercer milenio? Por otra parte, su incesante referencia a una Iglesia que “es comunión” y, por tanto, no cede “a la tentación de la polarización”, ¿no remite con fuerza a la constitución sobre la Iglesia *Lumen gentium*? Lo dijo también aquella tarde con la intensidad que caracterizó su eclesiología a lo largo de su pontificado: “El Pueblo de Dios nace extrovertido y se rejuvenece gastándose”. Fue el sueño del Concilio y se ha convertido en el programa de vida de las Iglesias nacionales y de las comunidades eclesiales que en estas décadas no han dejado de trabajar para construir un mundo un poco menos injusto.

Afrontar un giro

Cabría preguntarse si, precisamente como “hombre venido del Concilio”, Francisco no tuvo que sufrir las mismas vicisitudes. Porque tanto el Espíritu como la letra del Concilio han buscado por todos los medios no ceder a las divisiones, mediar en las diferencias que ahora son inevitables en una Iglesia extendida por el mundo y encontrar un lenguaje capaz de no renunciar a la gran herencia de la tradición, sin ceder sin embargo al miedo ante la renovación que todo futuro impone. Del Concilio, Francisco recibió el pesado legado de una Iglesia que debe afrontar un giro, una Reforma que le pide repensar su pasado con lucidez para entender qué hacer con el corazón reconciliado. Para liberarse del peso de los abusos de poder y de conciencia, así como de los abusos sexuales, pero, sobre todo, para afrontar un mundo cada vez más sediento de violencia y mantener la propia fe en la fuerza que viene de su Dios y en la bondad íntima del ser humano. Y también encontrar nuevas maneras de combinar doctrina y disciplina para construir un hogar acogedor para todos.

Francisco estaba justamente convencido de que el mundo necesita de la Iglesia. Lo hemos visto en tiempos del Concilio cuando la Iglesia testimoniaba que podía ser para el mundo –como amaba decir Juan XXIII... la fuente de la plaza del pueblo. Lo vemos en los días oscuros que vivimos en los que solo un pontífice anciano y enfermo fue la voz de un Dios que decía: “Pues sé muy bien lo que pienso hacer con vosotros: designios de paz y no de aflicción, daros un porvenir y una esperanza” (Jeremías 29,11).



¿Ha llegado de verdad la hora de las mujeres?

El Papa **Francisco** había impulsado, casi de forma urgente, un cambio en el peso de la presencia femenina en la Iglesia. El sábado 15 de febrero, cuando ya llevaba veinticuatro horas hospitalizado, la oficina de prensa de la Santa Sede oficializó mediante publicación en el boletín un nombramiento que el Papa había anunciado en televisión: a partir del 1 de marzo de 2025, la franciscana **Raffaella Petrini** asumirá la presidencia de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano, de la que ya era secretaria general desde 2021. Constituyó un punto de inflexión en el gobierno del Vaticano porque, por primera vez, el poder ejecutivo en la ciudad-estado, corazón de la Iglesia católica romana, correspondía a una persona no ordenada y además mujer. El Vaticano tiene una gobernadora.

Además, en aplicación de la Ley Fundamental del Estado de la Ciudad del Vaticano, Petrini se convirtió en presidenta de la Pontificia Comisión compuesta por cardenales que tiene funciones legislativas.

Es el órgano que aprueba las leyes y otras disposiciones normativas y decide anualmente sobre los presupuestos definitivos y el plan financiero trienal. El nombramiento de Petrini representa una “primera vez” porque la misma Ley Fundamental establece que el cargo de presidente sea desempeñado por un cardenal. Esta vez no es así. En la Pontificia Comisión, Raffaella Petrini también trabaja con otra mujer ya que uno de los miembros del Colegio de Consejeros de Estado, al que se someten las cuestiones de Derecho, es **Alessandra Smerilli**, economista e Hija de María Auxiliadora, nombrada por el Papa en 2019.

Es un momento histórico. Ya con la nueva constitución de la Curia, *Predicate Evangelium*, promulgada el 19 de marzo de 2022, Francisco se había expresado a favor de una mayor participación de los laicos: “Cualquier cristiano, en virtud de su bautismo, es un discípulo misionero... La reforma (de la Curia) debe prever la participación de los laicos, hombres y mujeres, también en funciones de gobierno y

de responsabilidad”. Este año se aceleró en este propósito con un doble movimiento. Antes del nombramiento de Petrini, el 6 de enero se produjo el de la misionera **Simona Brambilla** como prefecta del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Brambilla es la primera mujer que dirige un departamento de la Curia romana y además un departamento de gran peso. Ella misma firmaría ya como Prefecta.

Para muchos es todavía muy poco. Ese Poder con P mayúscula permanece firmemente en manos de los hombres y no se ve socavado. Pero los movimientos de Francisco marcan los tiempos y son consecuencia del avance lento, pero constante de las mujeres en la Curia y el Vaticano. Entre 2013 y 2023, el porcentaje de mujeres que trabajaban en la Santa Sede pasó de casi el 19,2% al 23,4%. “En los Dicasterios vaticanos, donde ahora hay más mujeres que en el pasado y donde ocupan cargos más altos, el ambiente ha cambiado radicalmente. Basta con unas cuantas mujeres para que



Los nombramientos del Pontífice argentino fueron algo más que gestos

ROMILDA FERRAUTO y
MARIE-LUCILE KUBACKI

la Curia deje de ser ese estrecho círculo clerical que, por desgracia, se señala con tanta facilidad”, declaraba el cardenal **Jean-Paul Vesco**, arzobispo de Argel, en *Donne Chiesa Mondo* en marzo de 2024.

En un gesto sin precedentes, la hermana Raffaella Petrini ya había sido nombrada, junto con otras dos mujeres, como miembros del Dicasterio para los Obispos desde 2022, un papel crucial para la vida de la Iglesia. Es decir, tres mujeres contribuyen a la selección de los futuros obispos. Sus perfiles son indiscutibles. Junto a Petrini, están la francesa **Yvonne Reungoat**, ex superiora general de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, y la socióloga y virgen consagrada argentina **María Lía Zervino**, ex presidenta de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas y directora de la Comisión de Justicia y Paz de la Conferencia Episcopal Argentina. Competentes y con gran personalidad. En 2021, Zervino envió una carta abierta al Papa Francisco en la que escribió →

LAS QUE ESTÁN EN LA CURIA Y EL VATICANO

CURIA

La Curia Romana es el conjunto de órganos y autoridades que constituyen el aparato administrativo de la Santa Sede, que coordina y provee la organización necesaria para el buen funcionamiento de la Iglesia Católica y la realización de sus objetivos. Generalmente se considera "el gobierno de la Iglesia". La Curia está compuesta por la Secretaría de Estado de la Santa Sede; los Dicasterios (actualmente 16); Órganos de justicia; Organizaciones económicas; Oficinas. La última reforma fue el 19 de marzo de 2022, cuando el Papa Francisco promulgó la constitución apostólica *Praedicate evangelium*, aboliendo las congregaciones y los consejos pontificios en lugar de dicasterios y reorganizando las competencias de los distintos oficios.

DICASTERIOS

• Evangelización

Maria Eliane Azevedo
Da Silva
Marta Maria Carla
Cartabia
M. Ascensión Romero
Anton
Cettina Cacciato Insilla
Chiara Amirante

• Culto divino

Donna Lynn Orsuto
Valeria Trapani

• Causas de los Santos Comisión de los nuevos mártires

Nadia Coppa
Maria Lupi

• Obispos

Raffaella Petrini
Yvonne Reungoat
Maria Lia Zervino

• Clero

Lidia González
Rodríguez
Chiara D'Urbano
Rosalba Manes

• Vida Consagrada

Simona Brambilla
Carmen Ros Nortes
M. Rita Calvo Sanz
Luigia Coccia
Olga Krizova
Francoise Massy
Yvonne Reungoat
Roxanne Schares
Márian Ambrosio

Elsa Campa Fernández
Giuseppina Del Core
Brigid Lawlor
Maria Domenica Melone
Sidonie Oyembo
Simona Paolini
Inês Vieira Ribeiro
M^a José Tuñón Calvo
Elena Lucia Bolchi
Lourdes Grosso Garcia

• Laicos, Familia y Vida

Linda Ghisoni
Gabriella Gambino
Aleksandra Brzemina
Bonarek
Véronique Rabourdin
Clare Jiayann Yeh
Helen M. Alvaré
Ana María Celis Brunet
Maria Luisa Di Pietro
Margaret Karram
Carmen Peña García
Mary Niluka Perera
Claudia Alejandra
Carbajal
Marie Gabrielle
Ménager
Mary-Rose Verret
M. Ascensión Romero
Antón
Maria Luisa Ceriotti
Julia M. Dezelski
Chiara Griffini

• Unidad de los Cristianos

Maria Ko Ha-Fong
Eva-Maria Faber

Barbara Hallensleben

• Diálogo Interreligioso

Jolanta Maria Kafka
Maria Angela de Giorgi
Rita George-Tvrtkovic
Maria Lia Zervino
Nicoletta Bernasconi
Valeria Martano

• Cultura y Educación

Dominica Dipio
Patricia Murray
Martha Séide
Elena Beccalli
Micol Forti
Isabel Capeloa Gil
Barbara Jatta
Marianne Evans Mount
Antonella Sciarone
Alibrandi



Alessandra
Smerilli

• Desarrollo Humano Integral

Alessandra Smerilli

• Textos legislativos

Geraldina Boni
María José Roca
Fernández

• Comunicación

Leticia Soberón Mainero
Nataša Govekar
Cristiane Murray
Ann Carter
Veronica Donatello
Adelaide Felicitas Ndilu
Helen Osman



Simona Brambilla

que lo que está en juego al nombrar mujeres no es “ocupar puestos para ser vistas como ‘floreros’ decorativos, o porque está de moda nombrar mujeres, ni alcanzar puestos para ‘escalar’ el poder”, sino que se trata de “servir a la Iglesia con los dones que el Padre Creador nos ha dado”.

Estos nombramientos de alto nivel son la culminación de un proceso que comenzó hace algún tiempo con menos ruido. Es necesario remitirse a 1915 para encontrar a la primera laica remunerada en el Estado Pontificio. Era una costurera italiana. En 1929 llegó la primera mujer graduada. Unos años más tarde, en 1934, cuando los nazis acababan de llegar al poder en Alemania, **Pío XII** llamó a la famosa arqueóloga judía **Hermine Speier** para que se hiciera cargo de los archivos fotográficos de los Museos Vaticanos. Hay investigaciones que demuestran que antes de ellas hubo otras colaboradoras.

Históricamente, el nombramiento de mujeres en puestos de responsabilidad comenzó con **Pablo VI** a raíz del Concilio Vaticano II. Pero fue con el pontificado de **Jorge Mario Bergoglio** que un número significativo de representantes femeninas llegó a la cima de las estructuras de poder de la Santa Sede. En 2014, menos de un año después de su elección, Francisco nombró a la socióloga británica **Margaret Archer** presidenta de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales. No se percibió como nada revolucionario porque veinte años antes **Juan Pablo II** había nombrado para el mismo cargo a la diplomática norteamericana **Mary Ann Glendon**.

El del pontífice argentino es el comienzo de un camino que no se ha interrumpido nunca. Tan solo dos años después, en 2016, se produjeron dos nombramientos papales que pusieron mercedamente en el punto de mira a dos mujeres: **Paloma García Ovejero**, una joven periodista española, se convirtió en subdirectora de la oficina de prensa de la Santa Sede; y **Barbara Jatta**, historiadora del arte italiana, se convirtió en directora de los Museos Vaticanos. Por supuesto que había mujeres en el mundo de la comunicación, así como en el del arte y de la cultura, incluso en el universo tradicionalmente masculino del Vaticano. Además, Jatta sucedió a directores laicos, hombres, pero laicos. Constituía un hito importante porque, por primera vez, dos mujeres ocupaban un puesto directivo en dos instituciones de prestigio. Jatta dirige un gigante cultural, el tercer museo más grande del mundo y una importante fuente de ingresos para el Estado de la Ciudad



del Vaticano. García Ovejero se convirtió en la primera mujer que pudo hablar en nombre del Soberano Pontífice.

Se pasó de nombrar mujeres para roles secundarios a nombramientos de primera línea. Las subsecretarias, el tercer nivel directivo dentro de los equipos de alta dirección del Vaticano, eran algo común. Pablo VI había nombrado a una mujer como subsecretaria del Consejo para los Laicos. Juan Pablo II nombró a otra para la Vida Consagrada. Y **Benedicto XVI** nombró a dos más, para la Vida Consagrada y para el Consejo Pontificio Justicia y Paz.

Pisar el acelerador

Pero Francisco pisó el acelerador con mujeres como **Gabriella Gambino** y **Linda Ghisoni**, en el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida; **Carmen Ros Nortes** en Vida Consagrada; **Silvana Piro** en la Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica; **Antonella Sciarrone Alibrandi** en Cultura y a la Educación... Al principio, los detractores y los eternos pesimistas sostuvieron con escepticismo que se trataba de una operación cosmética, una serie de nombramientos limitados a campos que tenían poca influencia en la vida de la Iglesia universal.

Sin embargo, en enero de 2020 y febrero de 2021 se produjeron dos auténticos shocks dentro de las estructuras de poder de la Curia romana: dos mujeres en puestos de decisión que hasta entonces habían estado predominantemente asignados a clérigos. **Francesca Di Giovanni**, jurista italiana, se convirtió en la primera mujer en el cargo de subsecretaria en la Secretaría de Estado, el gobierno de la Iglesia, el Sacro Palacio por excelencia, considerado impenetrable en el imaginario colectivo. **Nathalie Becquart**, javeriana francesa, se unió al equipo de gestión de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, el importante organismo creado por Pablo VI, independiente de la Curia Romana.

“La primera señal interna fuerte fue el nombramiento de una mujer de los Focolares, Francesca Di Giovanni, como responsable de asuntos multilaterales de la Secretaría de Estado en 2020”, escribe el teólogo **Martin Pinet**, autor de *Le pouvoir dans l'Église, on en parle* (Cerf, 2025). “Una mujer tenía bajo su autoridad no solo a los laicos o religiosos, sino también a sacerdotes y diplomáticos”. Al convertirse en subsecretaria de la secretaría general del Sínodo de los Obispos, Nathalie Becquart, graduada de la prestigiosa es-

cuela de comercio HEC de París, obtuvo automáticamente el derecho a voto en las asambleas generales del Sínodo de los Obispos, una brecha en un muro. La cuestión del derecho de las mujeres a votar en el Sínodo había estado en el centro de una amarga controversia durante las últimas asambleas y había recibido mucha cobertura mediática. Francisco marcó otro punto de inflexión importante dando un impulso al proceso.

A partir de ese momento todo fue una cascada de nombramientos y la inclusión de varias mujeres en el gobierno de la Iglesia. En 2020, de un solo golpe, seis mujeres, de quince miembros, se incorporaron al Consejo de Economía. Una revolución para los estándares de la Curia romana. En 2021 se produjo un nuevo hito importante con el nombramiento de la religiosa y economista italiana Alessandra Smerilli como número dos del Dicasterio para el Desarrollo Humano Integral, el cargo más alto jamás ocupado por una mujer. Francisco fue el primer Papa que nombró mujeres como miembros de órganos curiales, una presencia cuyo peso no siempre se aprecia plenamente. Otra novedad fue el nombramiento de secretarías para las comisiones pontificias: **Nuria Calduch-Benages** para la Pontificia Comisión Bíblica; **Emilce Cuda** para la Pontificia Comisión para América Latina; **Raffaella Giuliani** para la Pontificia Comisión para la Arqueología Sagrada...

Justos y saludables

Un grupo de mujeres, todavía limitado, pero competente y significativo, ocupa ahora un lugar en el centro de la escena. "Teológicamente —explica Martín Pinet— nada impide que un poder delegado sea ejercido por un laico, y por tanto por una mujer, porque en realidad todos los poderes ejercidos en la Curia son los llamados poderes delegados, es decir, ejercidos como participación en el ministerio del Obispo de Roma. Los nombramientos curiales femeninos son por tanto justos y saludables porque permiten distanciarse de la opinión, todavía difundida en algunos ambientes y carente de toda base teológica, de que los hombres están intrínsecamente hechos para gobernar y las mujeres para servir, y que en las mujeres hay factores incompatibles con el ejercicio del poder".

El 16 de abril, cinco días antes de su muerte, dirigiéndose a la rectora de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, **Elena Beccalli**, Francisco repitió: "Cuando las mujeres mandan, las cosas van bien".

LAS QUE ESTÁN EN LA CURIA Y EL VATICANO

ORGANISMOS

• Consejo

para la Economía

Charlotte Kreuter-Kirchhof
Marija Kolak
Maria Concepcion Osacar Garaicoechea
Eva Castillo Sanz
Ruth Mary Kelly
Lesile Jane Ferrar

• Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica

Silvana Piro

INSTITUCIONES

• Academia

Arqueología Sacra

Raffaella Giuliani
Barbara Mazzei
Emanuela Tesse
Paola De Santis

• Academia Ciencias

Ewine Fleur van Dishoeck
Fabiola Gianotti

• Academia

Ciencias Sociales

Helen Alford

• Academia Vida

Margarita Bofarull Buñuel
Laura Palazzani

Maria Chiara Carrozza
Emilce Cuda
Sheila Dinotshe Tlou
Katalin Karikó
Katarina Le Blanc
Mónica López Barahona
Mariana Mazzucato
Laura Palazzani
Anne Marie Pelletier
Martha Tarasco
Marie-Jo Thiel

• Autoridad de Supervisión e Información financiera

Concetta Brescia Morra

OFICINAS

• Celebraciones litúrgicas del Sumo Pontífice

Maria Priscilla Laureti
Annamaria Passiatore
Chiara Maragoni
Chiara Rocciolo

COMISIONES

• Tutela Menores

Teresa Morris
Kettelkamp
Maud de Boer-Buquicchio
Teresa Devlin
Irma Espinosa
Hernández
Sinalelea Fe'ao
Arina Gonsalves

Ewa Kusz
Mary Niluka Perera
Annah Nyadombo
Anne-Marie Rivet-Duval
Emer McCarthy
Anna Valsi

• Bíblica

Nuria Calduch-Benages
Bruna Costacurta
Mary Healy
Maria Armida Nicolaci

• Teológica

Internationale

Alenka Arko
Isabell Naumann
Josee Ngalula
Marianne Schlosser
Robin Darling Young

• América Latina

Emilce Cuda

ACADEMIAS

• Cultorum

Martyrum Magister

Raffaella Giuliani
Antonia Acutis
Salzano
Rosalba Morelli

• Mariana Internationalis

Linda Pocher

• Comité Congresos

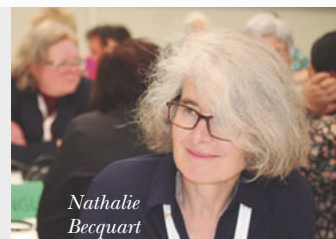
Eucarísticos

Regina Cesarato
Giovanna Sorrenti

SÍNODO DE LOS OBISPOS

El Sínodo de los Obispos es una institución permanente del Colegio Episcopal de la Iglesia, instituido por el Papa Pablo VI en 1965. Los miembros son elegidos por sus hermanos, nombrados por el Papa. Podrán participar también personas no episcopales, invitadas por su competencia o por otras razones de interés.

Nathalie Becquart
Simona Brambilla
María Lía Zervino
Birgit Weiler
Myriam Wijlens
Tricia C. Bruce
María Clara Lucchetti Bingemer



Nathalie Becquart

ESTADO CIUDAD DEL VATICANO

La administración del Estado de la Ciudad del Vaticano, del que es soberano el Papa, está estructurada así: el órgano del poder legislativo es la Pontificia Comisión; el órgano del poder ejecutivo es la Gobernación que, con sus Direcciones y oficinas centrales, asegura el funcionamiento del Estado; y los órganos del poder judicial con los Tribunales, Corte de Apelación y Corte de Casación.

Presidenta Pontificia Comisión y de la Gobernación
Dirección Museos y Bienes Culturales
Tribunal de Apelación Promotora de Justicia (Fiscalía)

Raffaella Petrini
Barbara Jatta
Catia Summario

La Iglesia desmasculiniza, el mundo es más macho

MARINELLA PERRONI

Las dinámicas de poder hoy parecen ir opuestas

La historia nos lo enseña: a todo impulso revolucionario le sigue un tiempo de restauración. No es sorprendente que incluso después de la revolución feminista, que comenzó a finales del siglo XIX y aún continúa, estemos asistiendo a reveses inesperados. Durante su lento transcurso, fue necesaria una resistencia tenaz porque hubo mucha reticencia, si no abierta hostilidad, por parte de un poder patriarcal que está bien arraigado en la historia, las leyes, los hábitos e incluso las conciencias más allá de las afiliaciones políticas, sociales, religiosas o incluso de género.

La Iglesia asume siempre con gran cautela las peticiones que llegan del mundo del que forma parte y, sobre todo, las digiere con cierta lentitud. No hay duda de que el papa **Francisco**, el pontífice “venido del fin del mundo”, aun reafirmando su distancia respecto del pensamiento feminista, ha demostrado con determinación que también en la Iglesia los tiempos han cambiado definitivamente. Basta pensar, desde un punto de vista práctico, en la inclusión de muchas mujeres en la administración vaticana, o, desde un punto de vista teórico, en ese neologismo que él mismo acuñó y que ha tenido tanto impacto comunicativo por la inmediatez con que transmite todo un universo de significados: “desmasculinizar” la Iglesia.

El camino de los pueblos como el de los individuos no siempre responde a impulsos hacia adelante ni tiene siempre una progresión lineal. El feminismo ha supuesto un cambio decisivo en todas las culturas del mundo, en unas más que en otras dadas las fuertes diferencias ideológicas y económicas existentes en las distintas zonas del planeta, pero es cierto que las apariencias hoy dicen exactamente lo contrario, puesto que asistimos a una reafirmación del poder patriarcal que se cree invencible.

Asistimos por primera vez a la reivindicación, tanto de hombres como de mujeres, de asumir y gestionar el poder según una especie de “genoma patriarcal” compartido y esto da cuenta de que las reglas del juego han cambiado profundamente: el

poder patriarcal se ha vuelto unisex y ya no necesita legitimarse tras la continua exclusión de las mujeres del ejercicio de cualquier forma de poder o autoridad públicamente reconocida, ni camuflarse con sublimaciones románticas de lo femenino. Sin embargo, aunque la historia de las mujeres siempre ha tenido un camino kárstico, la revolución feminista tiene connotaciones de profundidad y vastedad que difícilmente pueden ser condenadas al olvido una vez más. Las razones están ahí para que todos las vean.

Pertenencia sexual

En primer lugar, desde un punto de vista general, no hay vuelta atrás desde la conciencia de que la pertenencia sexual de cada individuo es una realidad amplia y articulada y, sobre todo, no estática ni unívoca y uniforme, y no hay vuelta atrás desde la actitud hacia un pensamiento que, habiendo superado el monopolio del ritmo binario, ha asumido la complejidad como registro y la textura como método. Se dirá que esto pertenece a la realidad de los “dos Occidentes” y tiene poca relevancia para otros mundos de vida y pensamiento, costumbres y creencias. Es cierto, pero ¿estamos realmente seguros de que **Nicolás Copérnico** o **Galileo Galilei**,

que revolucionaron la ciencia física, son legado exclusivo de la cultura italiana, o **Ada Lovelace**, la matemática que en 1843 escribió el primer algoritmo diseñado para ser ejecutado por una máquina e inventó el software de la calculadora mecánica, son solo legado de la cultura británica y no son en cambio un patrimonio universal que la humanidad ha sabido invertir en su crecimiento y desarrollo? Al fin y al cabo, ¿hasta los talibanes utilizan teléfonos móviles!

En segundo lugar, porque la conciencia ahora globalizada de que la identidad y la orientación de género se han convertido en criterios básicos irrenunciables para comprender lo humano es fruto de los diferentes feminismos que se han enraizado en el discurso público de todos los organismos internacionales y cualquier intento de hombres y mujeres de salirse de lo establecido podrá hacer más arduo el camino, frenarlo, pero no podrá revertir la tendencia. Se tiene la sensación clara de que, mientras el mundo rehabilita visiblemente pensamientos y prácticas sexistas, la Iglesia se debate en la laboriosa búsqueda de nuevos horizontes para elaborar una visión antropológica y teológica, finalmente inclusiva y sanar esa herida a la justicia de género que todavía la convierte en uno de los sistemas patriarcales más resistentes del



mundo. Veremos si, después de Francisco, la petición de “desmasculinizar” la Iglesia sufrirá retrocesos o avanzará.

La Iglesia católica avanza lentamente, pero las iglesias son las únicas instituciones en las que la cuestión de la relación entre autoridad y poder se juega no solo desde el punto de vista de la redistribución entre los géneros y en todos los niveles de la escala ideológica, política y social, sino también desde el punto de vista del pensamiento de Dios. La teóloga **Elizabeth Schüssler Fiorenza** lo llamó *kiriarquia*, el poder de un grupo sobre otro, insistiendo en que hoy lo que está en juego no es tanto la división democrática del poder postulada por el feminismo, sino que la teología cristiana quiera llegar a una revisión del poder como tal, incluso el de Dios mismo, el Kyrios.

Explorar nuevas caras del poder y nuevas formas de gestionar la autoridad es la tarea que la revolución feminista ha asignado a las futuras generaciones. Un nuevo desafío que el feminismo interseccional –aquel que no aísla ni absolutiza la justicia de género, sino que la sitúa junto a las luchas contra el racismo, el militarismo, la pobreza y la contaminación– lanza al corazón de las democracias liberales. Es una tarea que todas las iglesias cristianas no pueden dejar de asumir desde el cántico de una joven que creyó que su Dios “dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos (Lucas 1, 51-53).

La guardería dentro de los muros vaticanos

La voluntad del papa **Francisco** y la presidenta **Raffaella Petrini** han propiciado la apertura de una escuela infantil dentro de los muros vaticanos. El Papa apostó por este proyecto que gestiona la Gobernación del Estado Ciudad del Vaticano, guiada por primera vez por una mujer.

Las actividades en la guardería se desarrollan tanto en italiano como en inglés, lo que permite a los niños crecer en un contexto multicultural desde los primeros años de vida, una señal de modernización. Las instalaciones están abiertas de lunes a viernes, de 7.30 a 18.30 horas, por lo que ofrece una cobertura completa de la jornada laboral para los padres. Aunque de momento hay plazas limitadas, la iniciativa se enmarca en la política de apoyo a las familias para facilitarles la conciliación de la vida familiar con la laboral.

“El poder debe ser un ejercicio moral”



Teresa Ciabatti cuenta en sus novelas la historia de mujeres que se liberan de las expectativas familiares

CARMEN VOGANI

SENTIRSE no escuchada e invisible. No hay mujer que no haya desafiado esta condición de marginación. **Teresa Ciabatti**, escritora inconformista, ha sublimado la búsqueda de poder con el *alter ego* de sus novelas, contando la historia de mujeres que se liberan de las expectativas familiares para definir quiénes quieren ser. *El experimento más atrevido es Donnaregina* (Mondadori, 2025), un viaje a la complejidad de las relaciones afectivas a través del encuentro con un jefe de la Camorra.

¿Cuál es su relación con el poder?

Lo detesto. Admiro a la gente que no se deja influir por la búsqueda del poder que amarga y envilece. De esto me he dado cuenta tarde. Era ambiciosa y desenfrenada y esa búsqueda de espacio me hizo equivocarme y caer en la

frustración. En la mediana edad estoy viviendo el mejor momento de mi vida porque no vivo ansiosa por el poder. *Quizá porque ahora, como escritora, tiene poder.*

¿Honestamente? Desde que tengo el poder estoy tranquila. Sobre todo, tras pasar por el exceso y la autodestrucción. Ahora que he encontrado la medida, creo que escribo mejor. Clamar por el poder es como librar una batalla y no conseguir nada. Aprendí que andar sin rumbo y caer, es también un recurso.

El tópico asegura que las mujeres son vulnerables y, por lo tanto, no aptas para el poder. En sus novelas ocurre lo contrario. ¿Usted cree que es así en la vida real?

Siempre lo he creído, tanto dentro como fuera de las novelas. Si no se oculta y no se vuelve compleja, la fragilidad es un medio. El poder me gusta si es poder sobre uno mismo, un ejercicio moral. Logramos menos que los hombres, pero somos más completas como seres humanos.

En Donnaregina se enfrenta a una forma extrema de poder: un jefe de la Camorra. ¿Por qué?

Quería explorar un mundo lejano y visitarlo con cierta temeridad, ignorando los códigos. Durante cuatro años frecuenté lo que todos definen como “un peligroso jefe”, buscando su lado humano. No para tranquilizar ni para celebrar esa figura, sino para perturbar. Pensar en el otro como un monstruo nos absuelve de la propia responsabilidad. Vivimos en el mismo tiempo y espacio, debemos preguntarnos y comprender. Mi *alter ego* no ejerce el poder, va hacia el jefe mafioso con la ligereza de su nacimiento privilegiado y queda desorientada.

¿Usted grita? Yo lo hago cuando busco un espacio de poder.

Tengo un tono de voz alto y la gente siempre me lo ha hecho notar. Me tildaban de grosera o maleducada por lo que he tratado de corregirme. Pero ahora ya no hago caso. Hablando de espacio ¿qué significa estar dónde te corresponde? Si eso significa quedarse en un rincón, entonces habrá que gritar mucho.

Priora provincial de las Dominicas de la Presentación desde 2014, teóloga moral y presidenta de la Conferencia de Religiosos y Religiosas de Francia, Sor **Véronique Margron** considera que el principal desafío de la desmasculinización de la Iglesia impulsada por el papa **Francisco** es el desarrollo de una cultura de la alteridad.

En 2023, el Papa Francisco lanzó un llamado a desmasculinizar la Iglesia: ¿cree que está sucediendo?

Mis observaciones se refieren esencialmente a la Iglesia en Francia, ya que es aquí donde vivo y ejerzo funciones de responsabilidad, aunque estoy en contacto con monjas de todo el mundo. Por lo que respecta a la Iglesia en Francia, nos encontramos ante un escenario contrastante, en evolución y mixto. Desde hace algún tiempo, algunas mujeres ocupan puestos de importante responsabilidad en las diócesis, ya sea como ecónomas diocesanas o como responsables de la catequesis, o como miembros de los consejos episcopales; al menos ha sucedido así durante los últimos quince años, aunque no en todas partes. En una decena de diócesis francesas hay delegadas –o secretarías– con autoridad y poderes bastante amplios. También hay mujeres que se encargan de la protección de los menores. Es cierto que se está iniciando un camino, pero es pronto para hablar de desmasculinización. La situación dista mucho de ser catastrófica, pero queda mucho camino por recorrer para que se normalice el que las mujeres puedan ejercer distintas responsabilidades. *En su opinión, ¿qué significa desmasculinizar?, ¿feminizar, quizá?*

Se trata sobre todo de considerar que la alteridad no solo es lo normal, sino algo



“La alteridad es indispensable”

La teóloga Véronique Margron es presidenta de la Conferencia de Religiosos y Religiosas de Francia

indispensable, y que ganamos integrándola en la gobernanza; de lo contrario nos quedaremos de puertas hacia adentro, en una forma de autoaislamiento potencialmente peligroso y estéril. La alteridad es una obligación espiritual y moral. Es una necesidad vital y carnal. Y esto ya refleja la realidad concreta, dado que las asambleas dominicales están formadas por hombres y mujeres, y las mujeres son más numerosas. Pero se trata también de la alteridad

de los sacerdotes y de los laicos, hombres y mujeres, de la alteridad sociológica e incluso intelectual, aunque siempre es difícil para quien tiene responsabilidades rodearse de colaboradores cercanos que piensan de modo distinto. Pero nunca debemos perder de vista este horizonte de alteridad en múltiples niveles, ya que el desafío fundamental es que la Iglesia –y su gobierno– se asemejen cada vez más al pueblo de Dios en toda su diversidad.

El Sínodo abre un camino a un “nosotros eclesial”

RAFAEL LUCIANI

El Sínodo comenzó un camino de reconocimiento de la igualdad entre hombres y mujeres en la Iglesia. Los documentos hablan tanto de la participación en los procesos de gobierno y de toma de decisiones, como de los roles pastorales y ministeriales. El *Documento final* reconoce que nada

impide a las mujeres desempeñar estas funciones en la Iglesia. El problema no es teológico. La causa está tanto en la cultura eclesial, que no promueve a las mujeres como sujetos con plenos derechos, como en el modelo institucional actual, que no favorece “una sana relación entre hombres y mujeres”. El Documento para la Etapa Continental

invitó a la creación de una nueva cultura eclesial, con prácticas y estructuras que reconozcan los “derechos y deberes” que derivan de la dignidad bautismal.

El cardenal belga **Léon-Joseph Suenens** afirmó, tras el Concilio, que “no existe ningún super bautismo, ni casta, ni privilegio. Debemos tomar conciencia de estas verdades fundamentales,

porque son esenciales para la vida de la Iglesia e influyen en todas nuestras decisiones, en todas nuestras actitudes”. Sin embargo, en el proceso sinodal, los miembros de la jerarquía indican que “como obispos, reconocemos que la teología bautismal a la que dio impulso el Concilio Vaticano II... no ha sido suficientemente desarrollada”.



En concreto, ¿cómo podemos actuar ante el techo de cristal? ¿Qué responsabilidades deben darse a los laicos en general y a las mujeres en particular?

A nivel diocesano, por ejemplo, creo que es deseable la generalización o multiplicación de los delegados generales y de los secretarios generales. Es necesario que estas personas puedan inscribirse a largo plazo y que por eso mismo sean admitidas. Llevará tiempo. Los nombramientos en los consejos episcopales también permiten proceder en esta dirección, siempre que estos consejos tengan un poder real, porque no se trata de nombrar a mujeres en todas partes para demostrar que se respeta a las minorías, sobre todo, porque las mujeres no son una minoría. Entiendo bien que hay cuestiones que deben ser abordadas solo por los obispos, pero quizás en un determinado número de cuestiones todavía queda un gran margen de mejo-

ra en la atribución de responsabilidades. Esto sucede en diferentes niveles al mismo tiempo: las parroquias o la vida local, que corresponde a la vida real y cotidiana de la Iglesia, y también las instancias más simbólicas.

¿Cómo hacerlo?

Hay que tener cuidado con los modelos a seguir y con las respuestas simplistas. En este campo creo que nadie puede erigirse en modelo. Como monja dominica, observo que, en lo que respecta a las mujeres, la vida religiosa tiene una larga experiencia en el modelo de gobierno, que se remonta a los inicios de la propia vida religiosa. No la pondría como modelo porque también conozco sus limitaciones. Pero me parece que este tipo de gobierno –el de la vida religiosa–, (más modesto porque es más fugaz, ya que es raro permanecer superior durante toda la vida, y donde el consejo es obligatorio) es interesante. Esto no quiere decir que se pueda copiar todo en las diócesis, no tendría sentido porque son instituciones diferentes, pero sin duda hay caminos para inspirarse.

Gobierno femenino

¿El riesgo de esta reflexión no sería esencializar cualidades intrínsecamente femeninas o masculinas?

Por supuesto, esto no significa que el gobierno femenino sea *a priori* menos autoritario y que con mujeres en el poder se resuelvan todos los problemas. No es cierto, ni en la sociedad, ni en la política, ni en la Iglesia. A menudo se dice que las mujeres tienden a ser más sensatas, pero esto no siempre es verdad. Afortunadamente conozco muchos hombres que tienen una relación absolutamente concreta con la realidad. Es pues arriesgado querer extrapolar rasgos de carácter que serían propiamente femeninos o masculinos.

Pero creo que habremos dado un paso adelante cuando se nombren mujeres que no tengan que demostrar por partida doble su legitimidad para ocupar un puesto. Todos estamos inmersos en nuestras culturas, imbuidos de influencias que condicionan nuestra forma de estar en el mundo, de ser hombres o mujeres. En este sentido, la educación es esencial para normalizar el hecho de que en la sociedad y en la Iglesia, tanto hombres como mujeres son capaces de participar en las decisiones y que ambos se benefician del trabajo conjunto. Por eso, es bueno que haya mujeres enseñando en los seminarios, como ya sucede, y que estén realmente involucradas en los procesos de toma de decisiones.

Usted cita el ejemplo de la vida religiosa, pero ¿cuál es la relación entre autoridades y superiores generales?

Obviamente hay contextos históricos de abuso de poder, estructuralmente abusivos desde sus orígenes, a los que solo una autoridad eclesiástica superior puede o podría poner fin. Luego hay contextos en los que el abuso surge de manera más sutil o insidiosa, porque una religiosa se encuentra en una situación de autoridad frente a un pequeño grupo de hermanas muy mayores, con un terreno marcado por una cultura muy fuerte de la obediencia y una falta de formación. Pero la gran mayoría de las superiores generales que encuentro son mujeres que tienen un gran valor porque afrontan cuestiones difíciles relacionadas, por ejemplo, con el envejecimiento de sus hermanas, así como duras situaciones de guerra, con dolorosos casos de conciencia. Para esta gran mayoría, la gobernanza es impensable sin consulta, sin diálogo y sin cuestionamiento. A veces, el problema es incluso el opuesto: tendrían dificultades para ejercer su autoridad por miedo a sufrir abusos.

Por tanto, la incorporación de la mujer a las estructuras eclesiales, lejos de ser un gesto de buena voluntad, se basa en esta verdad teológica porque “en virtud del Bautismo, el hombre y la mujer gozan de igual dignidad en el Pueblo de Dios”.

Sobre la base de esta teología, el Sínodo pidió que se aplicara “la legislación vigente sobre el papel de la mujer”. Un caso reciente es el nombramiento

por parte del papa **Francisco**, por primera vez, de una mujer Prefecta del Dicasterio para la Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Aunque también nombró a un cardenal como pro-prefecto. Se trata de un cargo que antes no existía, pues es costumbre que el Prefecto tenga únicamente un secretario y un subsecretario como colaboradores. En este caso se aplicó la Constitución Apostó-

lica *Praedicate Evangelium*, que permite a personas no ordenadas dirigir organizaciones, no solo con funciones consultivas sino también deliberativas. Sin embargo, los nombramientos tienen lugar en el marco de la delegación de poder del sacramento del Orden y no sobre la base del bautismo.

Es necesario dar un paso más y pensar en reformas estructurales a partir del Bautismo, lo que

implica una reconfiguración de la identidad y del ejercicio del poder de los sujetos en la Iglesia, ya no basada en el sacramento del orden, sino en la igualdad radical de la dignidad bautismal, en modelos de cogobierno y de “decisión compartida”, de un “nosotros eclesial”. Este será uno de los desafíos de la tercera fase de implementación del Sínodo para el desarrollo de una Iglesia sinodal.

“El clero teme perder el poder”

Patricia Murray, secretaria saliente de la Unión Internacional de Superioras Generales

VITTORIA PRISCIANDARO

Según una leyenda irlandesa, las hadas viven en la corola del diente de león. Hubo un tiempo en que, antes de que el hombre las obligara a esconderse, eran libres de vagar felices por los verdes prados de los páramos. Junto a una pequeña cruz de metal, **Patricia Murray** lleva precisamente un broche con una flor amarilla en la solapa. Conocida por todos como Pat, es la secretaria ejecutiva de la Unión Internacional de Superioras Generales, la UISG. “El diente de león es el símbolo del movimiento en defensa de la mujer y la naturaleza creado por la ex presidenta irlandesa, **Mary Robinson**. Me lo dio hace poco, después del encuentro con el Papa. También se lo dio a él”. De vivos ojos azules tras sus gafas y cabello blanco, Pat es una enérgica irlandesa de 77 años. Su currículum refleja la pasión y la tenacidad de alguien que siente la urgencia de no desperdiciar ni un minuto durante el servicio que presta.

La historia de Patricia Murray es una historia típicamente irlandesa. Su madre, maestra de escuela primaria, y su padre, empleado del departamento de educación pública, le transmitieron la pasión por el compromiso cívico y la educación: “Creo que el compromiso con la paz está en mi ADN, desde niña he desarrollado la conciencia de que la paz y el desarrollo son fundamentales para construir un mundo mejor. Lo aprendí en mi familia donde mis padres sentían que contribuían al desarrollo del nuevo país que se independizó en 1920. Ese año, mi abuelo, que era policía, fue asesinado durante los disturbios que sacudieron Dublín. Un tío mío se convirtió en embajador de Irlanda en el mundo”. Pat, quien a los doce años quedó profundamente impactada por la vida religiosa a través de una monja del Instituto de la Santísima Virgen María (también conocido como las Hermanas de Loreto, una congregación de inspiración ignaciana), hizo su profesión de fe a los 18. Dice que siempre ha tenido un profundo deseo de vivir la vida de la manera más plena y significativa posible.

Ha enseñado en los suburbios, desde el campo hasta la frontera con Irlanda del

Norte y las zonas más pobres de Dublín. “Y a través de la enseñanza he visto cómo, mediante la educación, se puede cultivar y apoyar el liderazgo femenino”. Pero la historia de la hermana Murray también está marcada por algunas de las heridas de la historia del siglo XX. Asistió al Trinity College y a la Universidad de Dublín, en pleno 68; se licenció en Teología en Chicago, donde obtuvo un doctorado en Teología Práctica en 2014; y se implicó en el organismo ecuménico comprometido en las conversaciones de paz entre católicos y protestantes para poner fin a la guerra civil en Irlanda del Norte. Tiempo después, de 1998 a 2006, estuvo en Roma como Consejera General de su Congregación. Al final de este delicado encargo, se le pidió que formara parte de la comisión de religiosos que visitó Sudán del Sur por invitación de los obispos locales para desarrollar un proyecto (Solidarity with South Sudan), un nuevo modelo de misión, basado en el desarrollo y la formación en el que colaboraron distintos institutos y congregaciones religiosas.

Fuera el hábito

Esta también es una historia eclesial. Hace 60 años, cuando se clausuraba el Concilio Vaticano II, Pat hizo su profesión religiosa. Mientras daba sus primeros pasos como novicia, la Iglesia y las congregaciones religiosas femeninas experimentaban la urgencia de la renovación pedida por el Vaticano II. “Fuera el hábito, apoyo y aumento en la formación, necesidad de trabajar juntos como religiosos y religiosas...”. Como, por ejemplo, en la reciente campaña mundial

para reducir el cuidado de niños en orfanatos y favorecer su inserción en familias. La hermana Murray también fue llamada a asumir responsabilidades en el Vaticano como consultora del Dicasterio de Cultura y Educación y como miembro del grupo que redactó el documento de síntesis de la última asamblea del Sínodo de los Obispos.

¿Se siente una mujer poderosa, sor Patricia?

Prefiero utilizar el término “mujer influyente”. Y luego depende de cómo se vea el poder. Hay un poder que oprime y que se ejerce cuando se trabaja con otros para lograr un cambio. Y creo que la UISG necesita desarrollar alianzas y redes que puedan incidir en todos los niveles de la sociedad. Creo que cada hermana está llamada a ser una influencia espiritual. Todos estamos obligados a valorar los dones espirituales que tenemos para generar cambios, incluso en nuestro propio y pequeño círculo.

¿El hecho de que sea líder y mujer marca alguna diferencia?

Creo que sí, porque como mujeres estamos motivadas a colaborar y desarrollar relaciones auténticas más allá de las divisiones. Y eso es exactamente lo que necesitamos hoy. Lo experimenté en Sudán del Sur, donde los estudiantes estaban agradecidos a quienes les enseñaban a convertirse en enfermeras, maestros y matronas. Y lo que les sorprendía era que veníamos de “tribus diferentes”, hombres y mujeres religiosos, de diferentes culturas y orígenes. Hoy este es nuestro testimonio: ser interculturales. Es un concepto teológico que significa que yo te cambio y tú me cambias, y juntos creamos una nueva forma de vivir donde se



respetar la diferencia y donde aprendemos y nos moldeamos unos a otros.

Sin embargo, el liderazgo femenino en la Iglesia aún afronta dificultades...

Creo que es esencial que las mujeres tengan roles de liderazgo en la Iglesia, también porque constituyen más del 50% del pueblo de Dios. Donde falta la aportación de las mujeres hay un déficit enorme, porque hombres y mujeres tienen formas muy diferentes de experimentar la vida. Y no se trata solo de nombrar a un cierto número de mujeres para puestos muy visibles en el Vaticano.

Techo de cristal

¿Existe un problema de techo de cristal para las mujeres en la Iglesia?

Depende en primer lugar de dónde vivas. Si el obispo no abre espacios para las mujeres, hay un techo de cristal. Y luego, de las aspiraciones: algunas se sienten llamadas a recibir la ordenación sacerdotal y para ellas el techo está ahí. Nosotras, como hermanas, llevamos a cabo ministerios diaconales y algunas desearían que este ministerio fuera reconocido. Existe una necesidad real de una redefinición del ministerio en la Iglesia, necesitamos tener un enfoque mucho más amplio. Me gusta que el Papa **Francisco** haya establecido que las mujeres sean acólitas o lectoras o catequistas, estos son ministerios públicos. Y me encantaría ver mujeres como predicatoras porque hay mujeres maravillosas que traerían una perspectiva y visión diferente sobre las Escrituras.

¿Qué deben hacer las mujeres, laicas y religiosas, para poder ejercer su autoridad?

Lo primero que hay que hacer es formarse y formarlas. El número de mujeres teólogas está aumentando. Aquí en la UISG también tenemos un grupo de hermanas teólogas que han obtenido un doctorado. Les pedimos que reflexionaran sobre la vida religiosa y escribieran desde



sus perspectivas culturales. Necesitamos nuevos conocimientos y nuevas perspectivas. Porque la vida religiosa que nació en el Norte global ahora está floreciendo en el Sur global. ¿Qué nos enseña esto para el futuro? Aquí en la UISG tratamos de formar a las líderes de las congregaciones para que gobiernen de manera sinodal. ***¿Cuál es la base para construir un liderazgo que no sea efímero sino duradero?***

La base del liderazgo es el profundo respeto por cada individuo, reconociendo que el Espíritu Santo actúa en todos. Y luego, a la hora de tomar decisiones importantes, cuanto más consulta y reflexión, mejor será la decisión final.

¿Qué cambios ha supuesto el pontificado del Papa Francisco para las mujeres?

Creo que lo más importante es afirmar la importancia del papel de la mujer en la Iglesia, tanto en roles formales como informales, y crear espacios para una mayor participación en todos los niveles. Durante la última asamblea sinodal se compiló una larga lista de todos los roles que las mujeres podrían desempeñar en la Iglesia institucional y en los que generalmente nunca se piensa. Hay muchos. Cuando realmente se quiere un cambio profundo, hace falta paciencia, porque es necesaria una conversión de mentes y de corazones. Y también de las estructuras, de una institución que, en general, no cambió mucho hasta el Concilio Vaticano II. Pero, desde entonces y en los últimos años, estamos asistiendo a enormes cambios.

Respecto a las mujeres en puestos de responsabilidad, ¿a qué cree usted que le tienen miedo los hombres de la Iglesia?

Creo que tienen miedo de perder el poder, sea lo que sea que eso signifique. La cuestión es que durante su formación en el seminario y luego en la vida clerical, los sacerdotes no tienen mucha interacción con las mujeres en igualdad de condiciones. Cuanto más compartas experiencias con mujeres en tu formación personal, menos miedo tendrás de las mujeres en puestos de liderazgo. Es una cuestión de experiencia de vida.



La gran condesa Adelaide

GIUSEPPE PERTA

Así funcionaban los patronatos en la Sicilia normanda

Reina de Jerusalén, generosa protectora de la Iglesia en Sicilia donde fue regente en la época de los normandos (siglo XII), **Adelaide del Vasto** venía desde más lejos. Del actual Piamonte, siendo descendiente de los **Aleramici**, una familia destacada en la época. Su tío **Bonifacio de Savona** fue llamado “el marqués más famoso de Italia”. Su familia se fue a buscar fortuna a otro lugar. Así, Adelaide y su hermano **Enrique** fueron desheredados por ser huérfanos de padre y tuvieron que emigrar a Sicilia para participar en la misión que los pontífices en la época de la Reforma de la Iglesia habían asignado a los **Hauteville**, dinastía originaria de Normandía. Se trataba de vencer la dominación musulmana, que persistía en la isla desde hacía unos dos siglos. Adelaide se casó con **Roger I de Hauteville**, conocido como el Gran Conde. Ella no estuvo simplemente a la sombra de su marido, sino que resultó, como la definió un ilustre historiador del siglo XX, **Ernesto Pontieri**, “una mujer de inteligencia y fuerza de voluntad”. Además, el matrimonio de Adelaide habría favorecido la llegada de un nutrido grupo de sus parientes y compatriotas que desde el norte de Italia se instalaron en el corazón del Mediterráneo, contribuyendo a la “catolicización” de Sicilia.

Debido a la muerte de su marido (1101) y de su primogénito **Simone** (1103), Adelaide tuvo la oportunidad de demostrar todas sus capacidades como mujer de gobierno, llevando las riendas de Sicilia hasta la mayoría de edad de su segundo hijo y sucesor **Roger II** (1112). Las tierras de Trinacria tenían que ser pacificadas des-

pués de décadas de luchas para favorecer el establecimiento de la Iglesia latina ya que la isla, antes de estar en manos de los árabes, había sido dominio de los bizantinos. Adelaide mostró firmeza frente a los rebeldes y, al tiempo, clemencia hacia los derrotados que aceptaron la nueva situación política. De hecho, encontró en los bizantinos y en los árabes un valioso apoyo para oponerse a los barones demasiado ambiciosos y a todos aquellos que pensaban poder aprovecharse de su regencia.

Permitió a los musulmanes mantener la libertad de culto y mantuvo relaciones cordiales con la población ortodoxa griega. Adelaide del Vasto apoyó a los monjes basilianos. Uno de ellos, **Bartolomeo da Simeri**, fundador y abad del monasterio de Pathirion (en Calabria), fue protegido por ella. La condesa Adelaide quiso dedicar el monasterio de Santa María de Gala, a la Galaktotrophousa, la “Madonna que amamanta al Niño”. En Fragalà reconstruyó el monasterio basiliano dedicado a San Filippo di Demenna. Una carta bilingüe,

en griego y árabe, escrita por orden de Adelaide, que se cree que es el documento en papel más antiguo de Europa, está vinculada a este último monasterio: la regente ordenó a los oficiales locales no acosar a los monjes del monasterio.

Apoyo al clero latino

Siguiendo la política papal, Adelaide apoyó el asentamiento del clero de rito latino, haciendo donaciones a las iglesias de Santa María del Monte Carmelo en Palermo, Santo Spirito en Caltanissetta, Santa Maria della Valle di Giosafat (llamada della Gancia) en Paternò, Santissima Annunziata en Frazzanò y el convento Carmine en Marsala. Más estrecho fue su vínculo con el monasterio del Santissimo Salvatore di Patti, cuya iglesia, fundada en 1094, estaba dedicada al apóstol **Bartolomé**. La iglesia y el monasterio estaban situados dentro de una fortaleza normanda, ahora en ruinas, conocida como “Castillo de Adelaide”. En 1108, la regente de Sicilia donó a **Ambrosio**, abad de San Bartolomeo, los



Sueldos desiguales, maternidad mitificada: el peso

Tuve la suerte de ganar la confianza de una mujer, profesora de una universidad católica. El día que se anunció su ascenso a directora de departamento, un colega se le acercó y le dijo: “No voté por ti porque me parece inaceptable que una mujer me dé órdenes”. En otro contex-

to, otra mujer me cuenta que descubrió que en la institución católica en la que trabaja —con la misma formación, puesto y carga de trabajo— las mujeres cobran menos que los hombres.

Estos son solo dos ejemplos de una tendencia que hay que combatir y es la de la aparente aceptación de la presencia de la

mujer en la vida pública de la Iglesia y de la sociedad, mientras que la realidad encierra un rechazo mal disimulado. Las mujeres no son mejores que los hombres. Tampoco son más capaces de escuchar, mediar o cuidar solo porque sean mujeres. Conozco hombres que son muy capaces de escuchar y

de preocuparse y mujeres que son ambiciosas y despiadadas. Y viceversa, por supuesto. Ofrecer igualdad de oportunidades no es una cuestión de conveniencia, sino de justicia. Necesitamos en el ámbito laboral y pastoral aprender a mirar a las personas más allá del género, la etnia, la edad o la condición social, para

diezmos de los judíos de Termini, es decir, los impuestos correspondientes a la décima parte de sus ingresos. Pero el vínculo entre Adelaida y el pueblo de Patti se hizo más íntimo en los años venideros.

Adelaida había decidido trasladar la sede del poder condal de Messina a Palermo (1111), que había sido la rica y floreciente capital del emirato de la dinastía kalbita, tan populosa, según el geógrafo **Ibn Hawqal**, como para presumir de más de trescientas mezquitas. En Palermo, Adelaida entregó el timón del condado a su hijo, mayor de edad. Quizás para adaptarse a las exigencias del nuevo soberano, quizás por su personal propensión a estar siempre en primera línea, quizás por razones de Estado, decidió casarse con **Balduino I**, rey de Jerusalén, y trasladarse a Palestina (1113). Adelaida desembarcó en Acre con toda la pompa de su séquito y la magnificencia de su dote. Su embarcación, laminada en oro, brillaba en la distancia y deslumbraba por el sol. Balduino la recibió de la mejor manera posible. Las ambiciones de Roger II, que quería heredar la corona del Reino Cruzado de Tierra Santa –contando con que su madre tenía casi cuarenta años y ya no era fértil– resultaron en vano.

El matrimonio fue desastroso y pronto fue declarado nulo, dado el vínculo previo y aún válido entre Balduino y **Arda de Edesa**, una noble armenia. Acusado de bigamia y obligado por el Papa **Pascual II** y el patriarca de Jerusalén **Arnulfo**, Balduino, que estaba gravemente enfermo, fue persuadido a repudiar a su esposa normanda. Ella al saber de la noticia se entristeció y lloró mucho. De regreso a Sicilia, paró en Patti, donde se recluyó en el monasterio que había fundado. Consumida por el dolor, murió poco después (1118). Su cuerpo reposa en la capilla de Santa Febronia de la catedral de San Bartolomeo, conservado en un sarcófago renacentista del siglo XVI.

Segoloni guía a las teólogas italianas

Seguiremos avanzando en la línea de lo que se ha hecho en los últimos años (numerosas colaboraciones, eventos, encuentros, publicaciones, congresos...) para que la teología de las mujeres ya no sea considerada una teología más, sino que se reconozca como una dimensión esencial del pensamiento teológico de hoy y de mañana ‘en el tiempo que queda’, escribió **Simona Segoloni** en el blog *Il Regno* tras ser elegida presidenta de la Coordinadora de Teólogas Italianas para el cuatrienio 2025-2029. Junto a ella, presidirán el nuevo Consejo la secretaria **Federica Cacciavillani**, monja ursulina del Sagrado Corazón de María y profesora de italiano; y las consejeras **Alice Bianchi**, profesora de religión; **María Bianco**, profesora de Historia y Filosofía; **Donata Horak**, profesora de Derecho Canónico; **Milena Mariani**, profesora de Teología Sistemática e Historia de la Teología del Siglo XX; y **Silvia Zanconato**, estudiosa bíblica. Un grupo diverso y formado que continuará llevando adelante el com-

promiso de la CTI en la promoción del pensamiento teológico de las mujeres en Italia.

Simona Segoloni, casada y madre de cuatro hijos, de 52 años, nacida en Perugia, obtuvo el doctorado en Teología Dogmática en la Facultad Teológica de Italia Central en Florencia. Enseñó Teología Sistemática durante 15 años en el Instituto Teológico de Asís, centrándose en eclesiología, mariología y teología trinitaria. Actualmente es profesora de Eclesiología en el Instituto Teológico Juan Pablo II para las Ciencias del Matrimonio y la Familia y de Teología Dogmática en Lumsa, Libera Università Maria Ss. Assunta en Roma. Ha hablado para *Donne Chiesa Mondo* en varias ocasiones.

Es una mujer franca, directa y apasionada tanto cuando habla como cuando escribe. Tras el nombramiento expresó su agradecimiento y determinación, subrayando la continuidad con el camino ya emprendido. Se intuye que, en este compromiso de liderazgo, junto al rigor y la competencia, pondrá su brío y, si es necesario,



también su ironía (“La actitud humana más cercana a la gracia de Dios es el humor”, decía **Francisco**). Una mirada original capaz de entrelazar la investigación académica, la experiencia eclesial y la sensibilidad femenina desde una perspectiva inclusiva y generativa. Un nuevo paso para la CTI que en veinte años ha permitido crear una vasta red de académicas y dar visibilidad a su trabajo. Las teólogas italianas, todavía muy poco escuchadas en los lugares de decisión de la Iglesia, están construyendo una gramática de la fe que integra cuerpo y espíritu, historia y revelación, experiencia y doctrina. En un momento en que la Iglesia está llamada a renovarse, el pensamiento teológico de las mujeres es un recurso precioso y vital.

del género en las instituciones católicas

LINDA POCHER

ver en cada uno y en cada una ese don único que solo esa persona pueda ofrecer a la comunidad cristiana y a la sociedad. Por supuesto, para poder hacer esto, es necesario entrenarse en el arte de tomar decisiones basadas en la realidad, es decir, en el discernimiento. La devaluación del trabajo de las mujeres es solo

una parte del problema. El otro consiste en la idealización de su figura. Un ejemplo llamativo de este mecanismo se refiere al tema de la maternidad. Sus víctimas son tanto las mujeres que la desean como aquellas que no la han elegido. El mito de la maternidad pesa terriblemente sobre los hombros de las madres

reales, fomentando ansiedad y un sentimiento de incompetencia. Y sobre las demás pesa la carga de tener que justificar continuamente la elección o la necesidad de no tener hijos.

El documento final del Sínodo recuerda, entre otras cosas, la importancia de ayudar a los creyentes a no idealizar la

figura del obispo y a acogerlo en su humanidad hecha de méritos y fragilidades. Esperamos que esta misma conciencia nos ayude a hacer lo mismo con todos los seres humanos: dejar de lado categorías y estereotipos para acoger a todos y cada uno con sus características únicas, en su realidad.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento